

La Lectura Popular



VILLABESTIA

Los vecinos de Villabestia eran una colección de gánapiros, parlanchines, majaderos, vanos, presuntuosos y, sobre todo, murmuradores. ¡Ah! en lo de murmurar no tenían desperdicio.

Nuestro Señor, estaba muy disgustado con las bachillerías de los vecinos de Villabestia; pero como su misericordia es tan grande y su bondad tan paternal, sufría uno y otro año, esperando que se enmendasen; pero, ¡que si quieres! los villabestianos necios que necios, metiéndose en todo lo que no les importaba y queriendo cada día arreglar el cielo y la tierra, mientras dejaban desarregladas sus casas y sus mujeres y sus hijos, que, con



el faldón roto y las narices con más velas que un altar mayor, pasaban el día apedreando perros y rompiendo las vidrieras del Cura, después de haber roto los pocos faroles que había en el villorrio.

—Pues, Señor, dijo un día el infeliz párroco, esto no tiene remedio; si Dios no hace un milagro mis feligreses se condenan todos por borricos. Y ¡cuidado si es cosa triste condenarse solo por el empeño de llevar la albarda! Vamos, esto es horrible. ¡Señor, tened misericordia de los pobres villabestianos, haced algo para sacarles el asno del cuerpo!

Mientras esto pensaba el párroco, Colás el alpargatero y Ginesillo el Secretario del Ayuntamiento, se habían instalado de buena mañana en la esquina de la plaza y disputaban ya como dos energúmenos.

—Te digo, Colás, gritaba Ginesillo; que Dios, al crear al hombre, incurrió en multitud de errores.

—¡Ave María Purísima! exclamó el Cura, santiguándose detrás de la ventana, adonde llegaba la voz chillona de los contendientes.

—¿Por qué dices eso, Ginés?

—Porque siendo el hombre el más *perfecto* de los seres criados, es el que más padece en este mundo. Trabaja, y estudia para saberlo todo, y después, cuando ya lo ha aprendido, se muere como una rata. Entonces, vamos a ver, ¿qué ventajas le llevamos a las ratas? Porque si no nos muriéramos, ¡llévete el diablo! pero morir... ¡ahl con la muerte no transijo.

—Pero, hombre, ¿vamos a ser eternos? contestó Colás.

—No digo yo tanto, replicó Ginesillo; porque eso tampoco sería *perfecto*. Lo *perfecto* sería que, después de muerto, cada uno pudiera volver a resucitar si le parecía bien.

—Pero, ¡recontral! ¿cómo le iban a pedir el parecer si estaba muerto?

—Es verdad, no había caído; mejor sería que no se muriese más que el que quisiera morir.

—¡Justo, y como no quería morir nadie, dentro de algunos años nos comeríamos los unos a los otros.

—También es verdad.

—¿No sería mejor, saltó el alpargatero, que cada cual se muriese a su tiempo, y que después de muerto resucitara a petición de cualquier individuo de su familia?

—Tienes razón, dijo Ginés; porque entonces no se verían tantas lágrimas, tantos dolores, tantas miserias, tantas viudas y huérfanos, que a cada paso claman contra la justicia de Dios.

—¡El dulcísimo nombre de Jesús! volvió a exclamar el Cura, cerrando de golpe las vidrieras para no escuchar más blasfemias ni disparates. ¡Cuándo yo digo que estos bestias se me condenan todos sin quedar uno!... ¡Señor! continuó, con las lágrimas en los ojos; no hagais caso de mis feligreses, merecen unas aguaderas, lo confieso; pero su misma ignorancia puede escusar algún tanto su pecado. ¡Ah, Señor, abridles el sentido, haced algo por ellos. Vuestro poder es infinito, poned en

juego los misteriosos resortes de vuestra gracia! ¡Oh, qué idea! pensó de repente; si mi oración es digna de llegar a Vuestros oídos, escuchadme lo que voy a pedir. Haced un milagro gordo: autorizar a uno de vuestros ángeles para bajar a la tierra a dar a estos gánapiros una buena lección. ¿No dicen que quisieran poder resucitar a sus muertos? Pues resucítalos, Señor, pues como empiecen a salir villabestianos de la sepultura, buena zurribanda se arma en el pueblo. Los de ahora viven como perros y gatos, con que si resucitasen los de atrás en el pecado llevaban todos la penitencia.

En aquel momento se oyó tocar a la puerta.

—¿Se puede? dijo una voz dulce y afectuosa.



—Adelante, exclamó el cura, mirando por encima de las gafas hacia la entrada.

Instantáneamente se presentó ante sus ojos un joven de rostro simpático y mirada serena, el cual, a juzgar por el polvo que cubría sus ropas, parecía haber hecho largo camino.

—¿Me conocéis, señor Cura? exclamó tendiendo la mano al caritativo párroco.

—¿Quién sois, caballero? contestó el viejo, algo encortado.

—¿No pedíais a nuestro Señor, hace un momento...

—¡Oh! ¡Bondad infinita de Dios!... ¿será posible?... ¿sois?...

—Un ángel del cielo.

El Cura, aturdido, cayó de rodillas.

—¡Por Dios, señor Cura! ¡qué no se aperciban! dijo el recién llegado: ¡Tened,

presente que viajo de incógnito!

—¡Pero!... ¿es posible?... ¡Oh bondad de Dios!... Escolástica, Escolástica, ¡saca chocolate! ¡pon la mesa!...

—Pero, señor Cura...

—¡Mata un par de pollos!...

—Pero, señor Cura, ¿si no es necesario!

—Sin embargo, no porque seais ángel... Yo recuerdo que Abraham, cuando vio llegar á vuestros hermanos á la puerta de su tienda, mandó á Sara cocer en el rescoldo unas tortas... Pero... Calla, ¡ahora caigo! ¡Escolástica! ¡Escolástica! ¡No mates los pollos! Lo que has de hacer es unas tortas, y cocerlas al rescoldo y...

—Pero, señor Cura, mirad que nada de eso es necesario. ¿No sabeis que yo me alimento de aquel manjar con que se alimentaba el arcángel que acompañó á Tobias?

—Vuestro hermano San Rafael. ¡Es verdad! ¡Oh manjar dulcísimo, cuando lo comeré!

—Tal vez pronto, señor Cura, porque vuestros feligreses llevan camino de enterrarse dentro de este mismo año, sino ponemos coto á sus tonterías.

—Luego quiere decir, que vos venis....

—Con amplias facultades de Dios para resucitar á todos los villabestianos que nacieron de tres siglos á esta parte.

—¡Magnífico! exclamó el Cura entusiasmándose. Ahora mismo toco á sermón y...

—Por Dios, señor Cura, no armemos tanto ruido. Hagamos las cosas con calma. ¿No está usted celebrando la novena de San Antonio de Pádua? Pues esta tarde, en la plática, explica usted al pueblo mi llegada; me presenta usted como médico para no dar que hablar y....

—¡Es verdad, es verdad! dijo el Cura. ¡Qué talento tienen los ángeles!

Y, en efecto; aquella tarde, despues de rezar la novena y antes de comenzar el sermón, el cura subió al púlpito y habló de esta manera:

—Villabestianos de mi alma, ya sabeis que os quiero con todo mi corazón; y que daría un ojo de la cara por veros más prudentes, más cuerdos, menos murmuradores, y sobre todo, más piadosos, y sumisos á la voluntad de Dios; y tanto me desvelan estas cosas y tanto me intereso por vuestro bien, que, habiendo sabido que esta mañana, en la esquina de la plaza, murmuraban dos personas, que no quiero nombrar, acerca de la bondad y sabiduría divinas poniéndola en duda porque permite que los hombres salgan de esta vida, he aprovechado la ocasión de la llegada á este pueblo de un médico famoso que viene de Francia, de paso para no sé donde, con un maravilloso secreto para

resucitar los muertos, y le he suplicado se ponga á vuestra disposición á lo cual ha accedido galantemente ofreciéndose á permanecer en el pueblo veinticuatro horas para limpiar el cementerio de Villabestia, echando fuera todos los huesos enterrados de tres siglos á esta parte; pero á condición que la resurrección se haga solo á instancia de parte y sin perjuicio de tercero.

Un murmullo de sorpresa y admiración se levantó instantáneamente del apiñado auditorio.

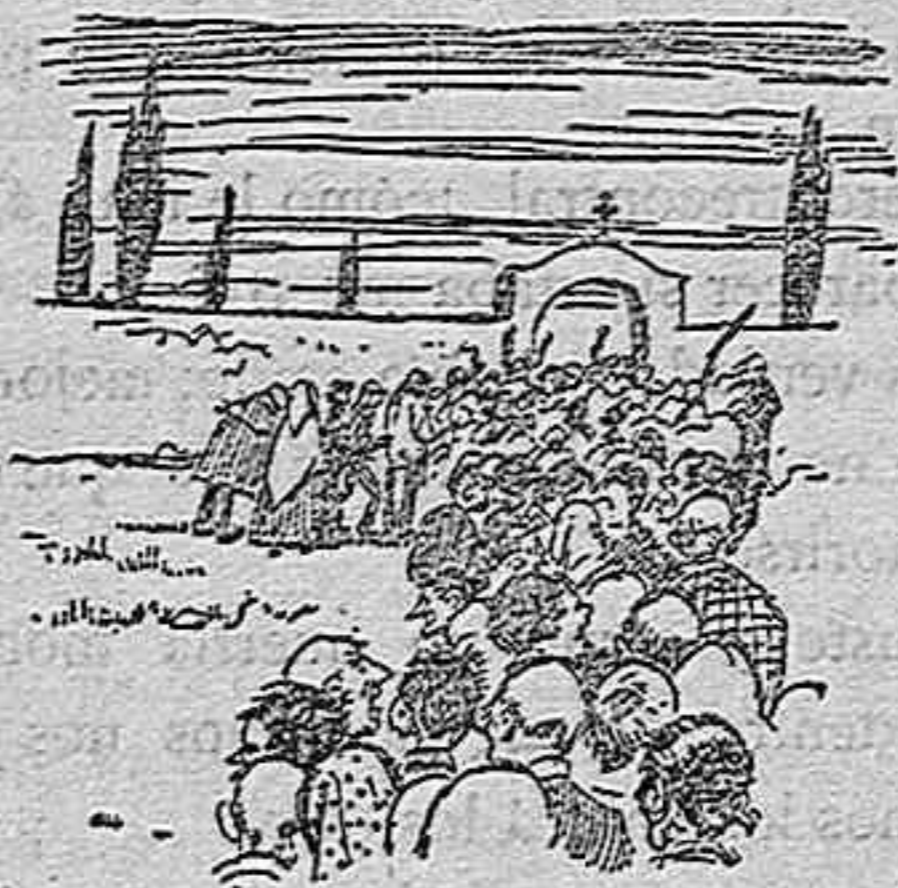
—Calma, señores, dijo el Cura. Mañana por la mañana á las diez....

La gente siguió removiéndose y comenzaron á oirse algunas voces.

—¡Mi suegra! ¡No! ¡Mi suegra! ¡No!

—¡Silencio, señores! volvió á exclamar el Cura. ¡No empecemos ya con las disputas! Mañana por la mañana, á las diez, todo el mundo al cementerio con la nota de los muertos que se han de resucitar, escrita en un papel con letra bien clarita para evitar dudas y no perder tiempo.

Al día siguiente, á las diez de la mañana, en el cementerio de Villabestia no cabía un alfiler.



Fué necesario que el alguacil del alcalde, con una vara de fresno en la mano derecha y el bastón de autoridad en la izquierda, empezase á poner orden y hacer callar á la gente, que parecía poseída más que nunca, del furor de disputar, gritar, reñir, murmurar y no entenderse en nada.

El supuesto médico y el cura subieron á un tablado construido en el centro del campo santo; impuso silencio el sacristan agitando la campanilla, y, tranquilizada un poco la muchedumbre, tomando la palabra el Cura, habló de esta manera:

«Amados feligreses; aquí tengo el gusto de presentaros al sabio médico de que os hablé ayer, dispuesto á cumplir su palabra. Trae, como ya os dije, un misterioso elixir de tan poderosa energía vital, que con ser aplicado á los restos de cualquier

ra de los difuntos que yacen á vuestros pies, basta para que resuciten instantáneamente. ¿Quereis, para no perder tiempo, que con una regadera rociemos todo el suelo y que resuciten todos á la vez?

Una confusa gritería fué la respuesta dada á las palabras del Cura.

—¡De ninguna manera! ¡No! ¡No! dijo todo el mundo: ¿A dónde íbamos á parar? ¿Qué necesidad tenemos de echarnos tantos muertos encima? Que resucite cada uno al que tenga interés.

—¡Bueno! dijo el Cura; pues que vaya diciendo cada uno qué personas son las que quiere resucitar. ¡A ver! Tía Blasa usted que es la más vieja del pueblo; venga acá y comencemos por orden de edad. ¿Quiere usted que resuciten al tío Pepe?

—¿Al borrachin aquel? No, señor Cura, déjelo usted que se pudra, que bastante me pudrió á mí. No vengo yo á eso.

—Pues, ¿á qué viene usted?

—A resucitar á mi Manuela; que sabe usted se murió el verano pasado,

—¡La Manuela! gritó un individuo que parecía muy *dotor* y vestía un traje á cuadros, señor Cura, no consienta usted semejante atrocidad.

—¿Por qué?

—Porque aquella mujer era un basilisco; y ya que, despues de veinticinco años de guerra, cerré en mi casa el templo de Belo....

—¿Qué es eso de Belo? ¡So pillol!

El barbero del pueblo, pues éste era el dudido, al oirse nombrar por su verdadero nombre, se volvió hacia su suegra y trató de cargar sobre ella, y si el alguacil no interpone el garrote, allí tiene que probar el médico francés por vez primera, la misteriosa propiedad de su prodigioso remedio.

—Señores, dijo el Cura; ya advertí antes, que para resucitar un difunto se necesita que no haya perjuicio de tercero; por consiguiente, por más que la tía Blasa, como parte interesada, quiera resucitar á su hija, si su yerno se opone, no podemos hacer nada.

—Señor Cura, mi yerno es un pillol, dijo la tía Blasa.

—Y mi suegra es una bruja, contestó el Barbero.

—¡Mal tiro te peguen, reladronazol!

—A usted es á quien se lo voy yo á pegar.

El alguacil tuvo que enarbolar de nuevo el garrote.

—A un lado, y vamos á otro, dijo el Cura; que el tiempo se pasa y ya saben ustedes que no disponemos más que de veinticuatro horas. Que sigan presentándose madres, tres á tres para acabar pronto.

Inmediatamente se presentaron tres mujeres y alargaron los brazos como los tres Horacios de la Historia; pero antes de que hablaran, el curacio del Sacristan del pueblo, más pálido que la cera, se agarró al brazo del Cura y le habló al oído.

—¿Qué dices, hombre? exclamó el Cura, sin entender lo que decía.

A esto, las mujeres levantaron la voz.

—¡Nuestras hijas! señor Cura, nuestras hijas.

El sacristan que, parecía que por momentos se iba á desmayar, volvió á hablar al Cura con las señales de la muerte estampadas en el rostro; pero la gritería era tal, que el Cura no comprendía lo que le decía su subordinado.

El ángel, al ver áquellas tres madres con las lágrimas en los ojos, y á quienes parecía compadecer todo el mundo, sacó el elixir y se dispuso á bajar del tablado.

—Pero, ¡qué voy á hacer yo con tres suegras á un tiempo! gritó el sacristan con una voz estentórea que dominó el tumulto.

—¡Gandulazo! exclamaron cien voces al tiempo; ¡le parece á ustedes, haberse casado cuatro veces!

—Las que me ha dado la gana, grandísimas.... bachilleras.

—¡Señores, orden! volvió á gritar el alguacil.

Pero el orden no se hacía, porque las mujeres son difíciles de ordenar.

—Puesto que no es posible entendernos con las madres, pasemos á los hijos.

¡A ver! venid acá, Cosme, Luis, Antonio... una ocasión magnífica para enjugaros las lágrimas que estais derramando desde hace tres días. (Estos jóvenes, dijo el Cura á media voz dirigiéndose al ángel, son unos chicos muy decentes que acaban de perder á su padre, la persona más acaudalada del país.)

En efecto; D. Frutos Teagarra era un usurero que en menos de diez años había chupado á los villabestianos un caudal enorme, y que aun llevaba camino de sacarles los tuétanos, si una pulmonía fulminante no le hubiera cortado la respiración.

Los jóvenes aludidos se presentaron ante el Cura, tímidos, compungidos y vestidos de riguroso luto.

—Vamos, hijos míos, ¡ánimo! Dentro de breves momentos vais á volver á ver á vuestro padre.

Los tres jóvenes rompieron á llorar.

—Pero, hijos míos, ¿á qué viene esa aflicción? Comprendo que esteis emocionados.

—¡Nuestro padre era muy bueno!

—Bien, hijos; pues ahora tendreis el gusto de volver á verle.

—Es que eso no es posible.

—¿Por qué?

—Porque no nos lo permite nuestra conciencia.

—¿Vuestra conciencia? exclamó el Cura

mirándolos por encima de las antiparras.

Si, señor, nuestra conciencia y nuestro amor filial al mismo tiempo. ¡Nuestro padre era muy bueno! ¡Era un santo, que, indudablemente, está en medio del cielo, y aunque se nos desgarran las entrañas, nosotros no podemos hacer con él la mala acción de traerle de nuevo á esta vida miserable!

Una tempestad de silbidos ahogó en aquel momento la voz de los *escrupulosos* huérfanos.

Todo el pueblo sabía que se habían repartido la herencia del viejo á razón de veinte mil duros por barba, y la indignación fué tan grande, que el alguacil tuvo de nuevo que sacar la vara.

Los huérfanos escaparon como pudieron y el Cura se quedó meneando la cabeza.

Entonces, para acabar la función y dar el golpe de gracia á los murmuradores de la plaza, divisando allá en un rincón á Ginesillo, el secretario le hizo señas para que se acercara.

—Vamos, Ginesillo, dijo el Cura, ¿tú no tienes á nadie á quien resucitar?

El secretario se aguantó como un zorro.

—¿Te sacamos á Pepa?

El granuja del fiel de fechos, que en ninguno de los suyos dió jamás muestras de ser fiel, y que, enviudando recientemente, estaba dando muy pocas muestras de dolor, se rascó la nariz y siguió callando.

—¿Te resucitamos los chicos? siguió preguntando el Cura.

Los chicos del secretario, que habían sido diez, se ofrecieron en aquel momento á los paternales ojos del viudo como las diez plagas de Egipto.

—¡Déjelos usted en el cielo, señor Cura, que bien están allí!

—Pues, ¡so pillito! iba á decir el Cura; pero se aguantó, y mudando de tono, —pues ¡hombre! siguió: ¿no dices que tú tenías, no se qué proyecto, para reformar esto de las viudeces y horfandades, devolver los padres á los hijos, quitar los dolores y las penas...

El secretario comprendió la alusión y se mordió los labios.

—Vamos, Ginesillo, dijo entonces el tío Colas el alpargatero metiendo baza: ¡habla, hombre, habla!

—No me dá la gana, contestó Gines.

—Pues, hombre, ¿no decias que que-

rias?...

—Lo que quiero, dijo Gines, despedido comprendiendo que el Cura le había querido dar una lección, es que lo resuciten á uno cuando le de la gana, y no que resuciten á los demás.

—¡Burro, burro, burro! empezó á gritar la gente.

—¿Y por qué soy burro? preguntó Ginesillo reventando de coraje; ¿por qué quiero que me resuciten á mí?

—¿A tí solo? Pero, ¿es que ya te has muerto? Ojalá fuera verdad.

—Para cuando me muera.

—Pues, muérete y te lo preguntarán.

—Pues que me lo pregunten ahora.

—No, señor.

—Si, señor.

—¡Fuegal!

—Que ¡o ahorquen.

El alguacil tuvo que levantar la vara, y si esta vez no la descarga de firme sobre los villabestianos, que, formando racimos, se habían agarrado de los pelos, el campo santo se convierte en campo de Agramante.

Afortunadamente había allí un elemento poderoso, el ángel del Señor, que no era otro que el ángel de la paz, traído al pueblo de Villabestia por las oraciones de su párroco caritativo, el cual ángel, tomando la palabra dejó á la multitud convertida en una balsa de aceite.

—¡Hijos míos! dijo: yo no soy médico del cuerpo sino del alma; para curar las vuestras he venido á este pueblo, y tened presente que, vuestras almas no se curarán jamás, mientras, humillando vuestras cabezas, enfrenando vuestras lenguas y reprimiendo vuestros corazones, no vivais más conformes con la voluntad de Dios y procureis cumplirla en todas sus partes, en vez de meteros en lo que no os importa. Esto es lo que hace á los hombres sabios y no las disputas y las bachillerías enjendradas por la vanidad.

Dios es la suma sabiduría, y cuando en sus altos juicios consintió que en la tierra reinase la muerte y los dolores para castigo del pecado, ya supo lo que se hizo. Cumplid los diez mandamientos y entrareis en la vida eterna para no volver á gustar la muerte jamás..

Cuando acabó de hablar el ángel, los villabestianos bajaron la cabeza y salieron del cementerio silenciosamente.

Algun tiempo despues, el pueblo estaba transformado; en vez de llamarse Villabestia, se llamó en lo sucesivo Villaprudente.

ADOLFO CLAVARANA,

Seccion instructiva.

El dolor es cincel que labra á los hombres en este mundo para perfeccionarlos y disponerlos á la vida eterna. Cuando en este mundo la perfeccion no es completa, pero el hombre muere en gracia, el dolor acaba su obra en el otro: pues en el cielo no entra nada manchado.

El siguiente hecho publicado con los caracteres de la más completa autenticidad, lo demuestra de una manera que causa verdadera impresion.

Treinta y cinco años ha, el 4 de Noviembre de 1859, la comunidad (de las Franciscanas de Foligno) fué afligida profundamente por la muerte repentina, debida á un ataque de apoplejia, de la Hermana Teresa Margarita, religiosa cuyas virtudes la habian hecho el modelo de todas sus compañeras. Una de estas, la Hermana Ana Felicia, brillaba sobre todo por el cuidado con que seguia el consejo del Salmista: "Servid al Señor con alegría." Dotada de un carácter naturalmente jovial y nada sujeto al miedo... se divertia no pocas veces á costa de otras Hermanas más timidas, riéndose inocentemente de su falta de valor. Así que, poco despues de la muerte de la Hermana Teresa, solia chancearse con algunas de sus compañeras que manifestaban pocas ganas de que darse solas en lugares que habian sido frecuentados por su finada amiga. Sin embargo, su valor debia ser sometido muy en breve á una terrible prueba.

A cosa de las 10 de la mañana del 16 de Noviembre, la Hermana Felicia se iba para la roperia de la que estaba encargada cuando oyó un ruido como de persona que se lamentaba. Su primer pensamiento fué que algun gato estuviese encerrado en aquella pieza: pero al abrir la puerta, vió que no habia dentro tal animal, al paso que seguia escuchando la lastimera queja. Habiendo registrado el cuarto y no hallando nada que justificase aquellos insólitos sonidos, la Hermana Felicia se asustó bastante y con voz temblorosa exclamó: "¡Jesus! ¡Maria! ¿Qué será eso?" Acto continuo llegó á sus oidos esta respuesta; *¡Oh Dio, che peno tanto!* ("¡Dios mio, cuánto sufro!") La voz era de una persona que padeciera un indecible martirio, y la Hermana Felicia la reconoció al punto por la voz de la finada Hermana Teresa.

Animada algun tanto por tal reconocimiento, la Hermana Ana no huyó precipitadamente del cuarto como iba á hacerlo, sino que se detuvo y se aventuró á preguntar: «¿Porqué sufres?»—«Sufro por el voto de pobreza.»—«¿Por el voto de pobreza, dices, cuando tú lo observaste tan escrupulosamente?»—«No porque lo haya violado en mi provecho, sino por mi indulgencia hácia las Hermanas... ¡Mirate á ti misma!»

Entonces el cuarto se llenó de un espeso

vapor, y apareció la forma de la Hermana Teresa caminando hácia la puerta. Su voz se oia todavia, mas su compañera é interlocutora era ahora presa de tal espanto que era incapaz de reflexionar lo que escuchaba. Sin embargo, como la aparicion se acercase á la puerta, la vió la Hermana Felicia golpear con le mano abierta uno de los entrepaños (*pane's*) de la misma puerta y oyó la voz que decia: *¡Questa á una misericordia di Dio!* («Esta es una muestra de la misericordia de Dios!»). Y como si la mano hubiese sido de hierro candente, quemó la madera muy adentro, y al retirarse, dejó su huella negra, humeante, indeleble.

La Hermana que hasta la fecha se habia reido de espectros nocturnos y de visitas de espíritus, estaba ahora completamente abatida. Sin embargo el hecho de desaparecerse la aparicion y de disiparse paulatinamente el humo, disminuyó algun tanto su terror, y ella corrió hácia la puerta llamando á voz en grito á sus compañeras. Tan evidente era la pena expresada por aquellas voces, que á los pocos momentos toda la comunidad se halló reunida en la roperia. La Hermana Felicia hizo como pudo la relación de lo que le habia acontecido, mientras la especie de neblina que era aun visible en el aposento; el olor de la madera quemada, y sobre todo el recuerdo tan tangible de la aparicion que se veia en la puerta, no dejaron ni la más mínima duda acerca de lo que acababa de referir. La transformacion completa del rostro tan habitualmente risueño de la Hermana Felicia, era de por sí una prueba de que le habia pasado algo muy extraordinario. Además las Hermanas reconocieron en la huella dejada en la puerta, el fac-símile de la mano de la Hermana Teresa, mano que por su pequeñez no podía confundirse con otra y profundamente emocionadas se dirigieron todas al oratorio á orar por el descanso de la difunta.

En la noche de aquel mismo dia, antes de ir á acostarse, la Hermana Ana habia tomado la resolucion de hacer que á la mañana siguiente, borrasen de la puerta de la roperia aquella señal que le habia causado tan terrible impresion.—Animada de tal deseo se durmió, y luego tuvo un sueño en que se le apareció la Hermana Teresa y le habló de este modo:

«Tú tienes la intencion de hacer desaparecer la señal que yo he dejado. Sepas, sin embargo, que no podrás conseguirlo, ni con el auxilio de las demás, porque Dios ha mandado que esto sea una leccion para todos. Por un justo é inexorable decreto, yo he sido condenada por cuarenta años á las llamas horribles del Purgatorio, debido á mi condescendencia con los deseos de algunas de las religiosas. Agradezco á tí y á las demás Hermanas las preces que habeis ofrecido por mí, las que Dios se ha servido en su bondad aplicar exclusivamente á mí. Os estoy muy reconocida sobre todo por los siete Salmos Penitenciales que me han proporcionado gran alivio.»—Luego, iluminando

su semblante una sonrisa celestial, exclamó: "¡Oh dichosos harapos que son reemplazados con las más preciosas vestiduras! ¡Oh dicha pobreza que merece tanta gloria á los que la observan fielmente! ¡Ay! ¡cuántos sufren pérdidas irreparables y gimen en los tormentos, porque so pretexto de necesidad han quebrantado sus prescripciones!"

Finalmente, en la noche del 19 de Noviembre, como la Hermana Felicia se hallase despierta en la cama, oyó distintamente la bien conocida voz de la Hermana Teresa llamarla por su propio nombre. Incorporándose y temblando, miró todo en derredor, y vió á los piés de su cama un globo de luz que llenó todo el aposento de un resplandor celestial. De nuevo escucha la voz de la Hermana Teresa, la que esta vez habia perdido su entonacion lastimera, y sonaba llena de júbilo y de triunfo: "Morí, dijo, el dia de la Pasion) *Viernes*, y el dia de la Pasion me voy á la gloria... Abracémonos estrechamente con la Cruz. ¡Animo y valor para padecer! *Addio! Addio! Addio!*" Al repetir por tercera vez esta palabra de amistosa despedida, el globo luminoso tomó las proporciones de una nube radiante, que se levantó hácia el cielo y desapareció.

Cosa de tres semanas despues de la fecha de la aparicion, el Obispo de la diócesis mandó se hiciera una investigacion jurídica de ese prodigio de que se hablaba tanto. En presencia de las autoridades civiles y del clero de Foligno, citados como testigos, y ante una multitud de ciudadanos se desenterró el cadáver de la Hermana Teresa, se practicaron varias diligencias y se comprobó la verdad del hecho y su caracter sobre natural.

El que ha escrito el relato que acabamos de traducir, lo concluye con las palabras siguientes: "Nunca me ha parecido el purgatorio tan real y tan cercano como desde que... vi una muestra de sus vengadoras llamas en la *Mano Muerta* de Foligno."

LA LECTURA POPULAR

Esta publicacion tiene por objeto difundir gratis entre el pueblo la sana lectura moral y religiosa, presentándola bajo formas amenas y ligeras para que se propague más fácilmente.

La suscripcion se hace por acciones, medias acciones, cuartos y octavos de accion.

Cada accion da derecho á recibir cien ejemplares de cada número ó sea doscientos periódicos al mes, que el accionista reparte por sí entre sus criados, colonos, operarios, feligreses, etc. ó manda distribuir por las aldeas, huertas, caserios, fábricas, escuelas, establecimientos penales y otros centros.

PRECIOS DE SUSCRIPCION DIRECTA

Una accion.	4 pesetas mensuales,
Media id.	2 " "
Un cuarto id.	1 " "
Un octavo id.	0'50 " "

Por medio de corresposnal 25 céntimos más por accion mensual, siendo para la península.

Dirigir la correspondencia á D. Pascual Garcia, administrador de este periódico, Orihuela. Puede hacerse tambien la suscripcion en Madrid en la administracion de *La Semana Catolica*, Boisa 10. y en las demás librerias católicas